



Sin placer clitorico las mujeres enfermamos

María-Milagros Rivera Garretas

Universitat de Barcelona

Resumen

El final del patriarcado ha convertido la vaginalidad en una opción libre. Elegir la vaginalidad, es decir, la penetración (vaginal, anal, oral) como fuente de placer implica, en mi opinión, desplazar o eliminar de la propia vida el placer clitorico como placer femenino propio, ignorando que la clitoris es un órgano cuya función es la de dar placer a las mujeres. Significa renunciar al *más* femenino, que no es solo la maternidad sino también el placer vital constitutivo de existencia, un placer que no separa sino un cuerpo y alma en plenitud infinita. Sostengo, con textos femeninos sobre la virginidad - textos que no entendimos muchas feministas del siglo XX las cuales, justamente, no los consideramos políticos- que la fuerza de una mujer se quiebra cuando olvida que el placer femenino es clitorico, cediendo al placer del hombre, un placer, este, que desconoce la unión mística.

Palabras clave: Placer clitorico - Libertad femenina -
Salud - Salvación - Vaginalidad - Orgasmo.

Fecha de recepción: 15 de junio de 2023.

Aceptación: 19 de julio de 2023.

Resum

La fi del patriarcat ha convertit la vaginalitat en una opció lliure. Escollir la vaginalitat, és a dir, la penetració (vaginal, anal, oral) com a font de plaer, implica, al meu entendre, desplaçar o eliminar el plaer de la clitoris de la vida com un plaer propi femení, ignorant que la clitoris és un òrgan la funció del qual és donar plaer a les dones. Significa renunciar al *més* femení, que no és només la maternitat sinó també el plaer vital constitutiu d'existència, un plaer que no separa sinó uneix cos i ànima en plenitud infinita. Sostinc, amb textos femenins sobre la virginitat -textos que no vam entendre gaire feministes del segle XX que, justament, no els consideràrem polítics-, que la força d'una dona s'esquartera quan oblida que el plaer femení és clitòric, quan cedeix al plaer de l'home, un plaer, aquest, que desconeix la unió mística.

Paraules clau: Plaer clitòric - Llibertat femenina - Salut - Salvació - Vaginalitat - Orgasme.

Summary

The end of the patriarchy has turned vaginality into a free choice. To choose vaginality, that is, penetration (vaginal, anal, oral) as a source of pleasure implies, in my opinion, the displacement or elimination from one's life of clitoral pleasure, a pleasure innate to the feminine, ignoring the fact that the clitoris is an organ whose function is to give pleasure to women. It means to renounce the female *plus*, which is not only maternity but also the vital pleasure constitutive of existence, a pleasure that does not separate but rather joins body and soul in infinite plenitude. I argue, with female texts on virginity - texts that many twentieth century feminists did not understand, which, precisely, we did not consider to be political- that the strength of a woman breaks when she forgets that female pleasure is clitoral, yielding her pleasure to that of the male, this latter being a pleasure that is ignorant of mystical union.

Keywords: Clitoric pleasure - Feminine freedom - Health - Salvation - Vaginality - Orgasm.

El placer clitorico hoy

La revolución clitorica es hoy, en mi opinión, inevitable. Es inevitable porque el patriarcado terminó hace ya algún tiempo. Y, sin embargo, se diría que no hay manera, que se atasca, se atora, también en el feminismo. No cae por su propio peso. Como si el movimiento #MeToo hubiera sido una estrella fugaz; que, en mi opinión, no lo fue.

La vaginalidad femenina ha pasado de obligatoria a elegida, elegida, incluso, en el más feo estilo patriarcal y de su pornografía. O esto me parece a mí, y ojalá me lo parezca a mí porque no alcanzo a percibir las señales del presente; o porque aquello por lo que luchaste -como se decía antes- no se suela presentar, cuando llega, como tú lo esperabas, y no aciertas a reconocerlo. Pongo dos ejemplos de lo difícil que resulta, entre mujeres, o eso parece, la revolución clitorica.

No hace mucho, cuando era alcaldesa de Madrid Manuela Carmena (2015-2019), jueza que había militado en el Partido Comunista de España y después en Más Madrid, la artista Marta Vergonyós hizo para el Carnaval de esta ciudad una carroza bellísima titulada *Vulva Blava*, Vulva azul. Consistía en una vulva gigante en forma de Virgen del color azul de la Inmaculada y en un autobús forrado de vulvas pintadas por distintas mujeres. Al ver esta carroza, la alcaldesa, acompañada por su concejala de cultura, Celia Mayer, que la había financiado, dijo que *ahí* ella no se subía. Y no se subió. Prohibieron que *Vulva Blava* saliera a la calle, y la carroza no participó en el desfile de Carnaval. La censura evidente no provocó ninguna contradicción social. Las ciudades, como todas sabemos, están llenas de falos que, como es natural, ni vemos; pero la Vulva Azul, sí la vieron. Y tuvieron miedo. ¿De qué? De perder poder. De que alguien dudara de su lealtad al falo, de su sometimiento simbólico.

El 4 de diciembre pasado, la reunión de la redacción abierta de la revista VD3 en la Librería de mujeres de Milán estuvo dedicada a *Trovare le parole per dire il piacere femminile* (Encontrar las palabras para decir el placer femenino). Al

presentar la sesión, la organizadora, Marina Santini, habló del libro *El placer femenino es clitóric*.¹ La conversación estuvo muy animada, muchas mujeres intervinieron. Y hablaron de todo salvo del placer clitóric. Hasta tal punto que yo no me sentí capaz de intervenir. Parecía una conspiración tácita. Como si el orgasmo vaginal no hubiera sido un invento del siglo XX. Animada por Marina Santini, escribí un breve texto en el que decía que, a mi parecer, en aquella reunión el placer clitóric había quedado aplastado por la política. Me respondieron muy cortesmente, con un texto largo y plural, lleno de argumentos; y no publicaron el texto.

Los argumentos aburren el placer clitóric. No llegan nunca a ninguna parte, a ninguna conclusión, como escribió hace siglos Cristina de Pizán refiriéndose a Aristóteles y a los aristotélicos de todos los tiempos. En ese texto, yo había escrito:

“En la reunión se pensó y se habló políticamente, es decir, dentro de lo decible antes del final del patriarcado. En el patriarcado había un tabú del placer clitóric: estaba prohibido hablar de él. Lo había -y es una prueba que Carole Pateman no alcanzara a considerar esta cuestión cuando en 1988 defendió su tesis doctoral titulada *The Sexual Contract*- porque para usurparle a una mujer la maternidad, era y es necesario prohibirle antes el placer clitóric. Si ha terminado el patriarcado -y ha terminado- ha terminado también la política de la polis. La política es lo propio de la polis. En la política, el tabú del placer clitóric sigue vivo: la prohibición sigue estando naturalizada. Como si quemara; como si el placer clitóric amenazara a las mujeres y no a los hombres vaginales.”

¿Qué es lo que está pasando? ¿Puede haber final del patriarcado sin revolución clitórica evidente, sin la autenticidad que visiblemente tiene ahí donde se da y hace simbólico, donde se habla de ella e impregna la escritura, las artes, las ciencias, las autobiografías, todo, la vida entera, no solo lo que se solía llamar “la vida privada”?

En mi opinión, pasó que efectivamente la política, también la política de las mujeres (aunque esto me gustaría dudarlo o negarlo), asfixia el placer clitorico, no le deja respirar, lo aburre. La política no puede evitar ser política, es decir, tener su raíz y muchas de sus ramas en la polis griega, polis griega que es el origen y el sostén del patriarcado en versión occidental. La política no puede ver la vida, la vida sin más, en su grandeza; no ve a la mujer que la da como origen de todo: no ve la vida como única insistencia -en palabras de Antonietta Potente-, vida que es lo que nos ocupa y sinceramente preocupa a las mujeres en general. La política da la vida por supuesta, objetivándola. El placer, en cambio, es vida, y es personal; el placer clitorico da vitalidad, salud, salvación, alegría, hondura y juego a una mujer. Y no da nada por supuesto; está en el presente lo más posible, sin planes ni presupuestos ni objetos.

La política lo mira todo históricamente, como el conocimiento universitario con su violencia hermenéutica. Pero el reconocerse clitorico en el ser reconocida tal por una mujer clitorica,² no es algo que entre o que quepa en el tiempo histórico. El tiempo histórico es altamente patriarcal, está sistematizado, no conoce ni el sentir ni el estupor ni el Misterio. Lo vuelve todo aburrido, pequeño, enfermizo, gris, irrespirable, etiquetado, dialéctico, disyuntivo: o estás en el sistema o estás contra el sistema. La Era de la Perla no cabe ahí, la Perla no comparece. La excelencia femenina, tampoco. En la política, una mujer clitorica tiene que estar siempre pidiendo disculpas.

Que el placer clitorico no quepa en el tiempo sistematizado, lo muestra esta poesía de Sor Juana Inés de la Cruz, una poesía del siglo XVII dedicada a la virreina de México María Luisa Manrique de Lara y Gonzaga, condesa de Paredes de Nava; una poesía en la que, de soslayo, Sor Juana Inés juega, descifrándolo, con el título de su gran obra poética, dedicada a la misma mujer, *Inundación Castálida*. Dice esta poesía, desde dentro de un poema más largo:³

Quando tu voz sonora,
Herirà mis oídos delicada,
Y el alma que te adora,
De inundación de gozos anegada,
A recibirte con amante prisa
Saldrà à los ojos desatada en risa?

No hay nada sistemático ni aburrido aquí: solo estupor y Misterio. En mi opinión, insisto, la política ha terminado con el final del patriarcado. En su disolución, mucho de lo que de él quedaba está siendo sustituido, y sostenido en su agonía, por la vaginalidad elegida, elegida por las mujeres.

Cuesta deshacerse de algo que ha sido naturalizado. Las voces femeninas que advertían de este riesgo, y eran muchas, han sido casi completamente olvidadas o resultan, ya, incomprensibles. Los conventos femeninos -lugares clitóricos- se han ido vaciando. Como si casi ninguna de nosotras fuera ya *Capax Deae*, Capaz de Diosa, Capaz de Eternidad, de infinito propio, de tiempo libre.

Aunque, de repente, sí. El ejemplo más suntuoso e inesperado fue el movimiento (clitórico) *#MeToo*. El movimiento *#MeToo* dismanteló el fundamento del Derecho que era la vaginalidad obligatoria, naturalizada ya. Lo hizo revirtiendo la carga de la prueba en caso de violación, inspirándose en un logro anterior de las feministas en instancias europeas. Volviendo así a lo que Ana Silva Cuesta ha llamado la justicia de las Tres Madres, en la que “hay tres palabras que no pueden separarse, **verdad, belleza y justicia**, que están más allá de las prescripciones de los ordenamientos jurídicos modernos y sobre todo más allá del derecho de propiedad que acapara los cuerpos con su implacable contrato sexual.”⁴

Sin que importe gran cosa que poco después un gobierno que decía que es feminista promulgara una ley que ignora precisamente que la reversión de la carga de la prueba en casos de violación había sido ya ganada por el feminismo. No importa porque las mujeres sabemos por experiencia

que lo que nace muerto, no suele vivir. Por más gritos que se den para espabilarlo.

El final del patriarcado -repito- ha convertido la vaginalidad en una opción libre. Elegir la vaginalidad, es decir, la penetración (vaginal, anal, oral) como fuente de placer implica, en mi opinión, para una mujer, equivocarse de orgasmo: o sea, desplazar o eliminar de la propia vida el placer clitóric como placer femenino propio, ignorando que la clitoris es un órgano cuya función es la de dar placer a las mujeres. Significa ceder a lo que queda de patriarcado, reforzándolo en su violentísima agonía. Significa renunciar al *más* femenino, que no es solo la maternidad sino también y por encima de todo el placer vital constitutivo de existencia y de salud, un placer que no separa sino un cuerpo y alma en plenitud infinita, la plenitud del almacorporal, como la ha llamado Antonietta Potente.⁵ Hoy podemos decir, o entender cuando otra lo dice, que la mística femenina custodia el placer clitóric. ¿Por qué? Porque custodia el origen, origen que es una madre virgen, una mujer virgen que decide ser madre que concibe cuerpos sin coito y conceptos sin falo. La mística femenina es unitiva, no o apenas especulativa. Su unión es unión del almacorporal, como en el *Espejo de las almas simples* de Margarita Porete, un libro de finales del siglo XIII que no ha sido olvidado nunca. A la unión simple le basta el Todo, sin necesidad de alteridad, porque está dentro. Le basta la Lejoscerca (*le Loingprès*). No es unión con Cristo, ni mucho menos: la llamada mística cristológica es, en realidad, vaginal, machista, sin Misterio.

Sé que esto es difícil de incorporar y de decir. La última vez que lo dije en público, la organizadora se quiso cerciorar en privado de que no era algo confesional. Me quedé boquiabierta. Antes, me había dado una lección sobre la dificultad de incorporar y de decir la revolución clitóric, la gran novelista histórica actual, novelista incomparable de la excelencia femenina, Philippa Gregory. Me guardé, para escucharla la última, su novela *Virgin's Lover* (Amante de la Virgen), dedicada a la relación de la reina Isabel I

de Inglaterra con su valido Robert Dudley, segura de que me iba a aclarar definitivamente la revolución clitorica. Y resultó que la protagonista de la novela era la penetración. Pero a Isabel I, segunda hija de Enrique VIII ¿no la llamamos universalmente la reina virgen? ¿No sintió Philippa Gregory la contradicción? ¿Tan difícil era el caer en la cuenta? Hoy, parece que sí. Porque la cosa no es una cuestión de ventas, de mercado, en mi opinión. El tabú del placer clitorico persiste, al parecer. Como persistió en el libro *El contrato sexual*, de Carole Pateman, donde el placer clitorico no comparece.

Yo querría que el tabú del placer clitorico no estuviera, que se le cayeran los envoltorios. Conservando el Misterio. Sin “normalizarlo” jamás. Sin considerar cualquier cosa agradable, placer clitorico.

Que la mística custodie el origen y, con el origen, el placer clitorico, era, en mi opinión, una evidencia femenina de los sentidos antes de finales del siglo XVIII, antes del triunfo, entre los hombres, del racionalismo, antes, probablemente, de la Revolución Francesa, aunque no creo yo que esta guerra ni ninguna otra tuviera mucho que ver, porque la revolución clitorica no tiene indicaciones históricas: se hace, sencillamente, en casa, en tu cuarto propio, que no necesariamente tiene paredes. “Sin casa en casa”, dijo Emily Dickinson en su poesía 1603, hablando de la ausencia de Susan Dickinson, que le dolía mucho: “Y eso disuelve los días / Por los que la existencia se extravía / Sin casa en casa”, escribió como conclusión de la poesía.⁶

No conocer varón

Para comprender la dificultad de sentir y entender hoy que virgen significa, sencillamente, virgen, o sea, como le dice Ella a la Arcángela en el misterio de la Anunciación / Encarnación: “cómo es posible, si no conozco varón”, partiré de mi experiencia y de la indagación de fuentes femeninas antiguas muy insistentes en esto de conocer varón: fuentes que las feministas, acertadamente,

no consideramos políticas, no entraban en la polis; y, por tanto, en aquel momento, no las consideramos verdaderamente históricas, aunque nos intrigaran mucho.

En los años 60 y 70 del siglo XX, muchas jóvenes aprendimos de la llamada izquierda que la virginidad era un estorbo anticuado del que había que desprenderse lo antes posible. No nos dimos cuenta de que esto era indoctrinación patriarcal para que nos equivocáramos de orgasmo. No se mencionaba en la enseñanza reglada que muchas mujeres durante muchos siglos no habían vivido la virginidad como un estorbo sino como placer y libertad, y lo habían dejado escrito en innumerables textos y pintado en innumerables esculturas y cuadros. Hildegarda de Bingen, por ejemplo, lo había dicho con esta frase, esparcida con variantes a lo largo de su obra: “corporis sui integritas gaudebat” (de la integridad de su cuerpo ella gozaba).⁷ Cuando las historiadoras feministas descubrimos estos textos, nos impresionaron, los comentamos, publicamos algunos, pero no supimos qué hacer con ellos, o no en profundidad. No encajaban en ningún sitio. No nos cabía en la cabeza que, en realidad, eran demoledores. Yo misma, en estos meses, muchos años después de todo aquello, cuando iba preparando esta conferencia, me metí en la obra de Hildegarda de Bingen sabiendo que es una de las escritoras clitorianas más seguras, y busqué la palabra *mulier*, mujer, para ir tanteando. Estúpidamente, me desilusioné al ver que todas las *mulieres* que salían eran horribles, pecadoras, que es su modo de aludir a las vaginales o, mejor, vaginalizadas.

Hasta que me di cuenta de que era yo la que estaba buscando mal; y busqué *puella*, que significa niña y también mujer virgen. Y entonces fue una fiesta. Ahí salían el placer, la felicidad, el resplandor, el unicornio..., la independencia simbólica. Busqué *margarita* (perla, en latín) y salía 43 veces. El patriarcado que queda en mí me había traicionado, a pesar de que en su día había entendido el delito de la monja de su convento de Disibodenberg que se suicidó por haber cedido a la vaginalidad, no como

lucha entre los sexos, como parece sugerir, en cambio, Margarethe von Trotta en su gran película *Visión. Vida de Hildegarda de Bingen*, sino como traición a su propia vocación clitórica.

Todo va, en realidad, de “conocer”: conocer varón, no conocer varón, de “cómo es posible, si no conozco varón”. O mejor, en mi opinión, va de conocer y reconocer. Una mujer puede conocer y reconocer varón, incluso no conociéndolo. O puede conocer sin reconocerlo, el varón. Un ejemplo es la pareja Eva-María. Yo no entendía nada, de alumna, cuando hablaban de ellas, ya fuera de niña en las clases de religión o luego en las clases de historia del arte: que si la manzana, que si el manzano, que si la serpiente y el calcañar, que si la desobediencia, que si el árbol del conocimiento, que si la luna en inferior cóncavo o en superior convexo, imágenes que me han perseguido hasta hace poco. Creo ahora que precisamente Eva es la que elige la vaginalidad, la que muerde la manzana del árbol del conocimiento masculino y la comparte con el hombre en señal de reconocimiento y lealtad a él y a su placer. Mientras María permanece clitórica, con la serpiente a sus pies y la Luna en lo alto, fiel a la tradición de la Primera, de la Divina, de la neolítica Laia la Arquera, Arquera de la Luna, que ni conoció ni reconoció varón, ya que ni siquiera los había: no los había porque Ella no los había traído al mundo.

Y aquí cobran sentido los textos clitóricos que las universitarias del siglo XX descubrimos sin acabar de entenderlos. Son textos que forman una tradición inmensa, de autoras clitóricas que no se equivocan nunca de placer ni de orgasmo, y se salvan. Sanar y salvarse son lo mismo.

Son textos performativos, como se dice a veces, no ideológicos. Son textos performativos de mujeres que repiten de mil maneras, partiendo de sí, la misma acción: la de negarse a entrar en el contrato sexual, eligiendo así la virginidad clitórica y rechazando la vaginalidad propia del placer masculino. Eligiendo el placer clitórico y rechazando la penetración. Estas eran mujeres *Capaces Deae*, Capaces

de Diosa. Capaces de infinito. Capaces de Dama Amor. No cedían. Sabían que el principio era y es Ella.

Se trata sobre todo de textos escritos o dictados por mujeres místicas, pero no solo. No sirve de mucho, en realidad, esta separación entre las místicas y las otras. Las místicas no son propiedad de la Iglesia, que más bien las condenó, las persiguió o las vigiló. Simplemente expresan todas ellas lo mismo de maneras distintas. Gozan de la integridad de su cuerpo, como decía Hildegarda, gozan de su almacorporal.

Beatriz Bernal, por ejemplo, una escritora famosa del siglo XVI que intervino en la Querrela de la Rosa de las Mujeres, publicó en Valladolid en 1545 una extensa novela de caballería titulada *Don Cristalián de España*. Dice en el primer capítulo: “Vvo vna ynsola llamada de las Marauillas: de la qual era señora vna donzella muy gran sabidora en las artes. Fue tanto el su saber que jamas quiso tomar marido: por que nadie tuuiesse mando ni señorío sobre ella. Esta donzella auia nombre Membrina.”⁸ Toda la novela de Beatriz Bernal trata de las pruebas y vicisitudes a las que tendría que someterse el protagonista para poder convivir con una mujer y amarla. “Donzella muy gran sabidora en las artes” es una clara descripción de una mujer clitoriana. El primer significado de la palabra “donzella” es el de “virgen”.

La acción performativa más repetida a lo largo de la historia es, probablemente, la de una mujer cultísima, senatorial del Imperio romano de Oriente, nacida en Cesárea de Capadocia, que se llamaba Macrina la Joven (h. 327-379), nieta de Macrina la Grande, ambas reconocidas como santas. Macrina la Joven es la fundadora del monacato, por aquello de que la mujer está siempre antes, y así lo reconocen todavía hoy en sus páginas web las comunidades religiosas femeninas, que repiten incansables su historia. Hacia el año 339, cuando Macrina tenía 12 años, murió repentinamente su prometido. Ella tomó entonces su gran decisión: no casarse nunca, o sea, no entrar en el contrato

sexual, y fundar una comunidad de mujeres y hombres dedicada a la *consacratio Dei*, consagración Divina. Lo hizo con los bienes que heredó de su madre Emelia, que se había unido a la comunidad al enviudar, o sea, al extinguirse el contrato sexual, pactado sobre ella por otros, con la muerte del marido. Macrina la Joven fundó su comunidad en Annesis, cerca del río Iris, en la provincia romana del Ponto.

Según la tradición católica más acendrada, en el año 379 Santa Macrina la Joven “exhaló su último suspiro en un transporte de gozo al atardecer”. Parece un verso de Emily Dickinson, pero viene de la Wikipedia; o sea, de la tradición. Su muerte fue llorada con gritos estentóreos sobre todo por mujeres.

Cuando se trata de textos de místicas, la obertura de la acción performativa más repetida y contundente es la aparición de la Virgen o la devoción materna o personal a la Virgen. Este es el momento iniciático y el aviso de la urgencia del peligro de entrar en la vaginalidad, en el contrato sexual, de dejar de gozar de la integridad del almacorporal. La Virgen era la varita mágica que apartaba de cuajo el patriarcado en un instante, porque en el mundo católico, ni la Iglesia ni el Estado, aliados o enfrentados, podían ir contra la Virgen, contra la Inmaculada, sin desautorizarse; por más que sus tribunales se ensañaran después en dilucidar si la aparición era verdadera o falsa. Aquí sí funcionaba la reversión de la carga de la prueba, sin necesidad de ley alguna: ellas no tenían que demostrar nada del riesgo de violación legal que sufrían con el matrimonio, riesgo que era y es una evidencia de los sentidos. Solo necesitaban ser fieles a su visión, a su visión clitoriana, virginal.

Tomaré como ejemplo la historia de la que la gente llama “la Santa Juana”, una mujer que se llamaba Juana Vázquez Gutiérrez y a sí misma se llamó Juana de la Cruz. Nació el 3 de mayo de 1481, día de la Cruz de Mayo, en Azaña (hoy Numancia de la Sagra) y murió el mismo día de 1534. La

devoción de su madre a la Virgen de la Cruz o Santa María de la Cruz, le salvó la vida de muy niña, en su primer año de vida, y marcaría su infancia. A los 14 años (1496) su padre intentó casarla con un hidalgo rico de la localidad de Illescas. Pero ella no quería casarse. Una noche, vestida de caballero, se escapó de casa y se refugió en la Casa de la Virgen de Cubas, un lugar en el cual la Virgen se había aparecido cuatro veces en 1449 a una niña de 12 años llamada Inés. Cuando se refugió ahí Juana en 1496, huyendo del contrato sexual, en la Casa de la Virgen de Cubas había un beaterio o casa de beguinas fundada en 1464, que más tarde se convertiría en el convento de Santa María de la Cruz de Cubas.⁹

De Juana de la Cruz se conservan varias obras, incluida naturalmente su *Libro de la Vida*, un tipo de libro que, entre místicas, se refiere a su vida clitórica, su vida propia.¹⁰ Fue contemporánea de la reina Juana I de España, mal llamada La loca (1479-1555), mujer de una espiritualidad muy especial. Sor Juana Inés de la Cruz la leyó (aunque no tomó de ella su nombre sino de Inés de la Cruz), como muestra el retrato que le hizo, ya en el siglo XVIII, Juan de Miranda; en este retrato académico, Juana Inés de la Cruz tiene tres gruesos tomos de las obras de Juana de la Cruz muy visibles encima de la mesa de su estudio.

La obra más conocida de Juana de la Cruz es *El Conhorte* (de “confortar”), libro que recoge los 70 o 72 sermones que predicó, siempre en trance, durante el año litúrgico de 1508-1509, y su compañera María Evangelista fue recogiendo por escrito después de cada predicación. El sermón que me interesa aquí es el titulado *Sermón de la Inmaculada Concepción*, dedicado a la virginidad, que fue el que llevó a la Inquisición a no canonizarla, aunque la gente sí la considere santa porque lo fue. Escribe Juana de la Cruz:

E la segunda cosa porque los santos evangelistas e apóstoles no fabraron ni trataron de la Concepción de nuestra Señora, fue porque tuvieron tanto que

fazer en plantar la santa fe católica, e en tratar de su santa Encarnación e Natividad e Vida e Pasión e Resurrección que no tuvieron lugar de hablar de la Concepción de nuestra Señora, mas que en solo dezir que ella avia quedado virgen antes del parto y en el parto y después del parto.¹¹

O sea, la Virgen era virgen, no conoció la vaginalidad ni al ser concebida ni al concebir. En otras palabras, la mujer nace clitorica y clitorica puede permanecer a lo largo de toda su vida, sea o no sea madre. Sin dicotomía clitoricas / vaginales.

Para ir concluyendo, me dejo inspirar por una frase de Carol en el capítulo 21 de la novela de Patricia Highsmith *The Price of Salt*. Dice: “Es a fin de cuentas una cuestión de placer” (“It is a question of pleasure after all”).¹²

¿Qué significa, en la práctica, que una mujer se equivoque de placer, de orgasmo? Leo consecutivamente dos descripciones geniales del siglo XX, cercanas en el tiempo, de la experiencia femenina del placer. Una de Scarlett O’Hara, según Margaret Mitchell (Atlanta, 1900-1949) en su novela *Lo que el viento se llevó* (1936), la otra de Therese en *The Price of Salt. Carol*, de Patricia Highsmith (1952).

Dice Margaret Mitchell de la experiencia del coito de Scarlett O’Hara con su marido, el famoso Rhett Butler, en *Lo que el viento se llevó*, el único coito del que ella se enteró en su vida de casada (cap. 54):

Él subió por las escaleras hacia la oscuridad absoluta, arriba, arriba, y ella estaba aterrorizada de miedo. Él era un extraño malvado y esta era una negrura que ella no conocía, más negra que la muerte. Él era como la muerte arrastrándola en brazos que hacían daño. Ella gritó, sofocada contra él, y él se paró de repente en el descansillo y volviéndose rápido sobre el brazo la besó con una ferocidad y plenitud que lo barrieron todo de su mente salvo la oscuridad

en la que se hundía, y los labios sobre los suyos. Él temblaba como contra un fuerte viento, y sus labios, bajando desde la boca de ella hasta donde la bata se le había deslizado del cuerpo, cayeron sobre su carne tierna. Él musitaba cosas que ella no oía, sus labios evocaban sentimientos jamás sentidos antes. Ella era negrura. Él era negrura. Y nunca había habido nada antes de este momento, salvo oscuridad. Y sus labios sobre ella. Intentó hablar pero la boca de él volvió sobre la suya. De pronto, ella tuvo un escalofrío completamente desconocido, deleite, miedo, locura, excitación, entrega a brazos demasiado fuertes, labios demasiado hirientes, hado que se movía demasiado deprisa. Por primera vez en su vida se había encontrado con alguien, algo, más fuerte que ella, alguien a quien no podía ni intimidar ni romper, alguien que la estaba intimidando y rompiendo a ella. Sin saber cómo, sus brazos rodearon el cuello de él; y sus labios temblaban bajo los suyos y subían, subían, a la oscuridad otra vez, una oscuridad que era suave, arrolladora, envolvente. Cuando a la mañana siguiente, ella se despertó, él se había ido.¹³

Dice Patricia Highsmith de la experiencia de Therese del orgasmo clitórico, en *Carol*.

Y ahora era distancia azul pálido y espacio, un espacio en expansión en el que ella echó a volar de repente como una flecha larga. La flecha parecía cruzar con facilidad un abismo imposible de ancho, parecía arquearse más y más en el espacio sin llegar a detenerse. Entonces se dio cuenta de que seguía agarrada a Carol, de que temblaba violentamente, y de que la flecha era ella. Vio el pelo pálido de Carol cruzándole los ojos, y ahora la cabeza de Carol estaba apretada contra la suya. Y ella no tenía que preguntar si esto estaba bien, nadie tenía que decírselo, porque esto no podría haber sido mejor ni más perfecto.¹⁴

Sin comentarios. El placer es, pues, la guía.

notas:

- ¹ María-Milagros RIVERA GARRETAS, *El placer femenino es clitóric*, Madrid y Verona: Edición independiente, 2020 (A mano, 2). EAD., *Il piacere femminile è clitorideo*, traducción italiana de Barbara Verzini, Verona y Madrid: Edizione indipendente, 2021 (A mano, 4).
- ² Carla LONZI, no encuentro dónde.
- ³ Sor Juana Inés DE LA CRUZ, *Segvndo volvmen de las obras de Soror Jvana Ines de la Crvz*, Sevilla: Imprenta de Tomás López de Haro, 1692, p. 210.
- ⁴ Ana SILVA CUESTA, “La Justicia de las Tres Madres”, *Duoda. Estudios de la Diferencia Sexual*, 2021, nº 60, pp. 128-146, pp. 128-129. <https://raco.cat/index.php/DUODA/article/view/386807>.
- ⁵ Antonietta Potente en su asignatura *Mística: experiencia del andar profundo*, del máster en “La política de las mujeres”, de Duoda (Universidad de Barcelona).
- ⁶ Emily DICKINSON, *Poemas 1201-1786. Nuestro Puerto un secreto*, edición bilingüe, traducción y lectura de los poemas en español de Ana Mañeru Méndez y María-Milagros Rivera Garretas, con epílogo de esta última. Madrid: Sabina editorial, 2015, 640 págs. + CD formato mp3, poesía 1603.
- ⁷ SANCTAE HILDEGARDIS ABBATISSAE, *Scivias sive visionum ac revelationum libri tres*, en su *Opera omnia*, ed. de Jacques-Paul Migne. Tomus unicus. París: 1855, p. 214 (*Patrologia Latina*, 197).
- ⁸ Tomo de María-Milagros RIVERA GARRETAS, “La licencia de impresión de ‘Don Cristalián de España’, de Beatriz Bernal (s. XV-XVI)”, *Acta Historica et Archaeologica Mediaevalia*, 2002-2004, nº 25, pp. 499-517.
- ⁹ Tomo los datos, no toda la interpretación, que pasa demasiado deprisa sobre la vida beguina, de Mar CORTÉS TIMONER, *Sor Juana de la Cruz (1481-1534)*, Madrid: Ediciones del Orto, 2004, pp. 13-14. También, de Jesús GÓMEZ LÓPEZ e Inocente GARCÍA DE ANDRÉS, *Sor Juana de la Cruz, “La santa Juana”*, Toledo: Diputación Provincial, 1982.
- ¹⁰ No he sabido encontrar una buena edición de las obras de Juana de la Cruz. Sus eruditos del XVII la “mejoraron” desde su personal machismo. Inocente GARCÍA DE ANDRÉS le dedicó su tesis doctoral: *El Conorte: sermones de una mujer: la Santa Juana (1481-1534)*, Salamanca: Universidad Pontificia de Salamanca, 5 vols., 1966; en su publicación, del mismo título, 2 tomos, Madrid: Fundación Universitaria Española, Universidad Pontificia de Salamanca, 1999, los sermones están vertidos al español actual, perdiendo la belleza del castellano original de principios del siglo XVI; el *Sermón de la Inmaculada*, en tomo 2, págs. 1419-1431. Los manuscritos se conservan en la Biblioteca del Real Monasterio de San Lorenzo de El Escorial, Ms. J-ii-8 (*Libro del Conorte*, 454 fols.), Ms. K-iii-13 (*Vida*).
- ¹¹ María del Mar CORTÉS TIMONER, *Sor Juana de la Cruz*, pp. 81-82.
- ¹² Van saliendo libros dedicados en parte al placer clitóric. Por ejemplo, Catherine MALABOU, *Le plaisir effacé. Clitoris et pensée*, París: Éditions Payot & Rivages, 2020. María UVE, Iris BORDA, *Kamasutra feminista ilustrado*, Barcelona: Random Cómico, 2022.
- ¹³ “Up the stairs he went into the utter darkness, up, up, and she was

wild with fear. He was a bad stranger and this was a black darkness she didn't know, darker than death. He was like death, carrying her away in arms that hurt. She screamed, stifled against him, and he stopped suddenly on the landing and turning swiftly in his arm bent over her and kissed her with a savagery and a completeness that wiped out everything from her mind but the dark she was sinking in and the lips on hers. He was shaking, as though he stood in a strong wind and his lips, traveling from her mouth downward to where the wrapper had fallen from her body, fell on her soft flesh. He was muttering things she didn't hear, his lips were evoking feelings never felt before. She was darkness. And he was darkness. And there had never been anything before this time, only darkness. And his lips upon her. She tried to speak and his mouth was over her's again. Suddenly she had a wild thrill such as she had never known, joy, fear, madness, excitement, surrendered to arms that were too strong, lips too bruising, fate that moved too fast. For the first time in her life she had met someone, something stronger than she, someone she could neither bully nor break, someone who was bullying and breaking her. Somehow, her arms were around his neck and her lips trembling beneath his and they were going up, up, into the darkness again, a darkness that was soft and swaddling and all enveloping. When she woke the next morning, he was gone." Mi traducción.

¹⁴ Patricia HIGHSMITH, *Carol*, Londres: Penguin Books, 1991, p. 168. Mi traducción.